

CRÓNICAS_deI_PARÁSITO

LA
ESTRA
TEGIA
DEL
PARÁ
SITO

CÉSAR
MALLORQUÍ



GRAN
ANGULAR

La estrategia del parásito

CÉSAR MALLORQUÍ

El asunto Miyazaki

ÓSCAR HERRERO





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURASM•COM

Primera edición: marzo de 2012
Novena edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Patrycja Jurkowska
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© del texto: César Mallorquí, 2012
© Ediciones SM, 2012, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-523-4
Depósito legal: M-3393-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Este libro está dedicado
a Elena y María Astier Álvarez,
porque tienen estrellas en los ojos
e iluminan el mundo con sus sonrisas.*

Estoy muerto, lo sé; tan muerto como Mario. Sigo respirando, me muevo, como, duermo, hablo, escribo, pero soy un cadáver que se niega a aceptar lo inevitable y finge vivir una vida ficticia, como un fantasma.

¿Alguna vez habéis tenido problemas? Hablo de problemas de verdad, no de chorradas; hablo de esa clase de problemas que te hunden en la mierda tan profundamente que haría falta un batiscafo para sacarte de ella. ¿Sabéis lo que es eso? No, qué va; ni siquiera conocéis el auténtico significado de la palabra «problemas».

Pero yo sí; soy el campeón mundial de los problemas, récord Guinness de la especialidad. Por ejemplo, no puedo hablar por teléfono, ni por un fijo ni por un móvil, y tampoco puedo navegar por internet, porque enviar un simple correo electrónico sería como firmar mi sentencia de muerte. No me atrevo a caminar por las calles por miedo a que alguna cámara de seguridad capte mi imagen, ni me atrevo a usar una tarjeta de crédito, aunque lo cierto es que ya no tengo crédito. Debo mantenerme siempre oculto, porque asesinos a sueldo me persiguen para matarme y, además, la policía me busca como responsable de varios asesinatos y violaciones.

No está mal para un estudiante de veintidós años, ¿verdad?

¿Serviría de algo que os jurase que jamás he matado ni violado a nadie? ¿Me creeríais si os dijese que no tengo la culpa de nada, que todo ha sido por azar, que si estoy metido en este lío es única y exclusivamente porque hace años Mario y yo fuimos compañeros de clase? Supongo que no. Pero permitidme al menos que os cuente mi historia, el relato de cómo un estudiante de Periodismo acabó convirtiéndose en un prófugo condenado a muerte. Empecemos por mi nombre: me llamo Óscar Herrero y todo comenzó...

@

Todo comenzó con un accidente de tráfico. Recuerdo que lo leí en el periódico; una breve reseña en la sección de sucesos informaba de que Mario Rocafort Sedano, un estudiante universitario de veintidós años, había fallecido al estrellarse la moto en que viajaba contra una furgoneta de reparto en una avenida de las afueras de Madrid. La noticia me llamó la atención porque yo conocía al accidentado; o, mejor dicho, le había conocido en el pasado.

Mario y yo estudiamos en el mismo colegio de Burgos, desde primaria hasta el final de la secundaria. Éramos compañeros de clase, pero no íntimos amigos. No es que nos llevásemos mal, al contrario; sencillamente, nuestros intereses no coincidían. Además, Mario era muy reservado; algunos lo consideraban un friki y en cierto modo lo era: un friki de los ordenadores, aunque también el tipo más inteligente que he conocido.

Al empezar el bachillerato, Mario se cambió de colegio y prácticamente dejamos de vernos. Después, me trasladé a Madrid para estudiar Periodismo y le perdí la pista definitivamente, aunque me contaron que él también estudiaba en Madrid. Como no podía ser de otra forma, en la Facultad de Informática. De hecho, hará cosa de un año nos encontramos casualmente en un cine e intercambiamos direcciones y teléfonos, pero no volví a saber de él. Hasta que leí la noticia de su muerte.

Aunque, pensándolo bien, la reseña del accidente solo fue el prólogo, porque el auténtico comienzo tuvo lugar dos días después, cuando una tarde, al volver de la universidad, encontré en el buzón un pequeño paquete dirigido a mí y remitido por Mario Rocafort.

Aún recuerdo la extrañeza que me produjo aquel envío. Subí a casa a toda prisa, saludé de pasada a Emilio, mi compañero de piso, me encerré en mi cuarto y abrí el paquete. Solo contenía una nota escrita a mano y un pendrive. La nota decía:

Hola, Óscar. Supongo que te sorprenderá que me ponga en contacto contigo después de tanto tiempo, casi desde la época en que coincidíamos en las clases del Barreda, pero precisamente de eso se trata: no es fácil que nadie nos relacione.

Voy a pedirte un favor: ¿has visto el pendrive que te he mandado junto con esta carta? Quiero que me lo guardes. Si todo sale bien, iré a verte en los próximos días para que me lo devuel-

vas. Pero si me sucediera algo, entonces el favor que voy a pedirte será aún más grande.

Préstame mucha atención, Óscar. He tropezado con un asunto muy grave. Se trata de algo que te afecta a ti, a mí, a todo el mundo. Literalmente, Óscar: a toda la humanidad. No puedo contarte de qué se trata, porque es una historia larga y complicada, y además pensarías que me falta un tornillo. Aunque supongo que ya debes de pensar que estoy loco. Pero, por desgracia, no es así. Ojalá lo estuviese. Mañana voy a intentar sacarlo todo a la luz; ya he reunido suficientes pruebas y voy a presentarlas. Pero puede que no lo consiga.

En el pendrive hay dos archivos. Uno se llama «Camaleón» y el otro «Miyazaki». Si me sucediera algo, Óscar, es vital que localices a Ernesto Figuerola, un profesor de la Facultad de Informática, y le entregues el pendrive. Si no pudieras encontrarle, o si le hubiera sucedido algo, entonces ya solo quedarás tú. Puesto que vas a ser periodista, quizá te interese saber que este asunto es la noticia más importante de la historia. Siempre te he considerado un tipo inteligente, Óscar. Tú tienes la clave.

En cualquier caso, supongo que intentarás echarle un vistazo al pendrive. Para hacerlo, es importante que tomes las siguientes precauciones: debes utilizar un ordenador con el disco duro recién formateado y que no esté conectado a la red. No utilices ninguna clase de equipo de Tesseract Systems; desconfía de esa compañía. No hables de este asunto, ni de mí, por teléfono o a través de internet. No recurras a la policía.

En fin, espero que nada de esto sea necesario y dentro de poco pueda pasarme por tu casa para tomarnos unas cervezas y hablar de esto tranquilamente. Pero si no es así, si a mí me ocurriera algo y no pudieras localizar a Ernesto, entonces tú serías la única esperanza. No me defraudes, por favor.

El texto, firmado por Mario, llevaba la fecha del día anterior al accidente. Releí la carta un par de veces y me quedé pensativo. Nada de lo que ponía en aquel papel parecía tener sentido, salvo una cosa: Mario temía que pudiera pasarle algo. Y ahora estaba muerto.

@

Tardé bastante en asimilar el contenido de la carta. Lo primero que pensé fue en llamar a la policía; a fin de cuentas, el hecho de que, unas horas después de escribirme diciéndome que temía por su vida, Mario hubiese muerto resultaba cuando menos sospechoso. No obstante, se suponía que Mario había fallecido a causa de un accidente de circulación, y un accidente es, por definición, algo fortuito. ¿O no? En cualquier caso, Mario me pedía en la carta que no recurriese a la policía. Pero ¿por qué?

La cabeza empezó a dolerme; por muchas vueltas que le diese, me faltaba información para entender la carta de Mario. Durante un instante consideré la idea de insertar el pendrive en mi ordenador portátil para examinar su contenido, pero no tenía el disco duro formateado y estaba conectado a la red. Y de nuevo otra pregunta: ¿por qué aquellas precauciones? ¿Qué problema podía haber en echarle un vistazo a un archivo de memoria en un ordenador cualquiera?

Guardé el pendrive en un cajón y releí por cuarta vez la carta. Según Mario, los archivos que me había enviado se llamaban «Camaleón» y «Miyazaki». Un camaleón es un camaleón, pero ¿qué demonios era «Miyazaki»? Conecté el ordenador, escribí la palabra en Google y pulsé enter. Obtuve seis millones de entradas. Al parecer, Miyazaki era una prefectura y una ciudad de Japón, y también un apellido. El Miyazaki más famoso que encontré fue Hayao Miyazaki, un realizador de animes, los dibujos animados japoneses.

No saqué nada en claro de aquella búsqueda, pero supongo que esa fue la primera vez que llamé la atención. Al escribir «miyazaki» en Google, la dirección IP de mi ordenador fue automáticamente archivada por algún programa remoto. De momento no sonaron las alarmas, pues miles de personas debían de escribir diariamente esa palabra en internet; pero si en el futuro yo volvía a introducir en la red alguna referencia relacionada con el Miyazaki «inadecuado», por decirlo así, entonces los datos se cruzarían y toda la atención de algo muy poderoso se centraría en mí.

Por desgracia, eso fue exactamente lo que acabó sucediendo.

@

Finalmente, decidí que solo tenía tres alternativas: tirar la carta a la basura y olvidarme del asunto; no hacerle caso a Mario y dar parte a la policía, o seguir las instrucciones de mi viejo compañero

de colegio y ponerme contacto con ese tal Figuerola. En realidad, no le debía nada a Mario; ni siquiera éramos amigos, así que no tenía por qué hacer lo que me pedía que hiciese. Sin embargo, aquella historia había despertado mi curiosidad y, a fin de cuentas, no me costaba nada darme una vuelta por la Facultad de Informática.

Después de comer, me dirigí a la emisora de radio donde estaba haciendo prácticas y pasé las siguientes cuatro horas dedicado a recopilar datos sobre diversos temas, preparar café, archivar papeles, llevar recados de un lado a otro y, en fin, los habituales quehaceres de un miserable becario. A última hora de la tarde, después del trabajo, me reuní en un bar con Paloma y un par de amigos.

Paloma era, más o menos, mi chica. Estudiaba Medicina en la Complutense, justo enfrente de mi facultad, y llevábamos saliendo un par de meses. Nada serio; éramos algo así como «amigos con derecho a roce». Sin embargo, no le conté nada acerca de la carta de Mario; ni a ella ni a mis amigos. No sé exactamente por qué lo hice; de algún modo, tenía la sensación de que había tropezado con algo importante, y mi incipiente instinto de periodista me aconsejaba no contar nada hasta que conociese toda la historia. Además, supongo que no quería sentirme ridículo si al final aquello no conducía a ninguna parte. El caso es que no conté nada y, después de unas cervezas y un rato de charla, me despedí de Paloma y de mis amigos y me fui a casa.

Al día siguiente me levanté temprano. La Facultad de Informática se encuentra en el campus de Montegancedo, en Boadilla del Monte, un pueblo próximo a Madrid, así que tuve que coger un par de autobuses para llegar. Una vez allí, me dirigí a la secretaria del centro y pregunté por Ernesto Figuerola. El funcionario que me atendió, un cuarentón calvo y con aire malhumorado, me informó de dos cosas.

En primer lugar, que Ernesto Figuerola era profesor de «sistemas distribuidos: arquitecturas de comunicaciones», sea esto lo que sea; y, en segundo lugar, que Figuerola estaba de baja y había solicitado la excedencia. Llevaba más de un mes sin aparecer por la facultad.

